



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9033

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Locette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.—

Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de anis»

MARCA «FARELL.»

Altamente recomendables para la bebida por sus virtudes digestivas y sabor agradable.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías, y en la misma fábrica, Carmen 54, Barcelona.

Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Lizana 8, prof., Cartagena.

SABADO 5 DE DICIEMBRE DE 1891.

Vichy catalán.—Véase el anuncio en la cuarta plana.

ECOS DE MADRID

3 Diciembre 1891.

Es necesario sacar fuerzas de flaqueza y no entregarse por completo a la influencia pesimista que nos domina en estos momentos como si fuera una epidemia. Parece que todos, al menos en Madrid, se complacen en exagerar el estado precario en que se encuentran el comercio, la industria y hasta la misma Banca. Si se dirigen las miradas a la Bolsa donde se juega con millones nominales, aparecen en efecto los valores en baja, las liquidaciones de los que juegan con la fortuna pública erizadas de dificultades, ha habido fugas de agentes, otros sin pagarse no han pagado, los que han ganado porque cifraban su ganancia en la baja de los fondos se han quedado en parte sin cobrar. Todo esto es lamentable; pero en último resultado no es ni más ni menos que la contingencia natural de las cosas humanas. Los que pierden ponen el grito en el cielo: los que ganan se hacen los modestos y aunque la alegría les retoce en el cuerpo ponen cara triste para que no desentonen el cuadro. Esto sucede a los que juegan a la lotería, al treinta y cuarenta y a los que hacen apuestas en las carreras de caballos ó en las partidas de los pelotaris.

Claro es que el grupo de los financieros es doloroso en la actualidad; pero debe servir lo que les pasa de enseñanza y ejemplo. La Bolsa hace a lo mejor de un zurupeto un potentado: lógico es que haga también de un potentado un zurupeto.

En las clases opulentas aparecen también sombras que dejan a obscuras a otras muchas clases que viven de las larguezas y prodigalidades de los ricos. Coméntase estos días en todas partes el caso de la noble señora a quien dejó su esposo hace unos cuantos años cerca de 200 millones, reducida hoy poco menos que a la pobreza. A esta señora, según cuentan, la han arruinado los pleitos. Doloroso es que quien ha nadado en la abundancia, y ha dado fiestas espléndidas y ha hecho importantes y generosos donativos, acabe su vida como la viuda de un cesante ó la huérfana de un capitán muerto en campaña.

Pero los que se afligen impresionados por estas desventuras que

cuentan y comentan los periódicos, deben reflexionar que las felicidades y las desventuras se las proporcionan con su modo de ser y su modo de obrar los que suben ó bajan en la escala del placer y el dolor; que esas catástrofes que registra la historia contemporánea son lecciones y ejemplos para todos; y por último hay que tener presente una verdad de Pero Grullo ó de Calino, como le llaman ahora, verdad en cierto modo consoladora, y es que nada se pierde en este mundo: Si hace un año por ejemplo había en España una cantidad X en dinero y billetes, esa X existe siempre: lo que ha hecho ha sido cambiar de poseedores.

Los que esperan un modesto bienestar del trabajo, del orden, de la economía; los que sufren privaciones y hacen sacrificios para no sufrir esas terribles y vertiginosas oscilaciones de la fortuna, encuentran en este modo de ser la tranquilidad de espíritu que evita las desesperaciones y los bruscos cambios de posición.

No hay duda de que mejor sería que todo el mundo estuviese contento, que los horizontes que nos rodeasen fueran de color de rosa; pero los que comen con moderación no son responsables de las indigestiones que sufren los glotonos. Compadezcamos a los que por imitar a Icaro se despeñan, pero no nos entreguemos al pesimismo, y en vez de detenernos a contemplar las ruinas que nos salen al paso, procuremos que los humildes albergues que nos cobijan tengan buenos cimientos y puedan servirnos para conservar los puros afectos que nos consuelan de las penalidades de la vida y nos animan en la lucha que estamos obligados a sostener.

Un régimen morigerado, una dieta prudente salvan los desperfectos que los excesos producen en el organismo. Con buena voluntad y no pidiendo imposibles, todo puede arreglarse.

Con la desesperación, con el pesimismo nada se adelanta y antes por el contrario se agravan los males.

Reconozcamos sin embargo que todo lo que pasa es motivo muy suficiente para sumirse en la tristeza.

Nuestro cielo por lo general tan limpio y brillante aparece desde hace muchos días como el de París y el de Londres, donde los rayos del sol son imaginarios como las monedas de oro en España.

Por añadidura estamos asistiendo a uno de esos dramas judiciales, en los que el argumento es la

brutalidad. Puede decirse que en estos tiempos los periódicos que leemos por la mañana nos comunican las ideas, las impresiones, los sentimientos que nos inspiran durante el día y los periódicos que leemos por la noche organizan los ensueños y pesadillas que han de compartir con nosotros el lecho.

Fugas de agentes, quiebras de comerciantes, desgracias, crímenes, complicaciones políticas: he aquí lo que nos cuentan a todas horas.

Nada más natural que la hipochondría que nos rodea. Meditemos un poco y no nos fiemos demasiado del color del cristal que nos ponen ante los ojos.

Julio Nombela.

COLABORACION INEDITA.

VULGARIZACIÓN CIENTÍFICA.

UNA NOVELA DE HORMIGAS.

I

Bien estimeiis lo que voy a referiros, bien tan solo son para vosotros como un relato fantástico; así lo apreciéis como una curiosa ó instructiva experiencia ó no más os resulte cual fábula trazada con mucho ó poco ingenio, sin moraleja no quedará la narración.

El hombre que ama a la sociedad sabe lo mucho que la debe; el hombre en este caso sabe que cuanto hoy goza el corazón por la cultura de los sentimientos, cuanto sirve para ilustrar el entendimiento, regenerar el organismo y confortar la conciencia, se lo debemos a la humanidad, a millones y millones de grandes obreros, de soldados y de mártires, a oradores brillantes que difundieron la verdad, a pensadores que buscando en lo profundo de sus especulaciones y meditaciones la hallaron, a almas generosas que la defendieron con sus vidas, a genios en fin que guiaron los pueblos bárbaros a la tierra prometida de las civilizaciones.

El hombre que esto piense y así también sienta, ha de mirar con vivo interés y detenida atención las sociedades de las hormigas, ó sociedades que ofrecen aspectos muy semejantes a los que presentan las sociedades humanas.

Un gran frasco de cristal lleno hasta la mitad de tierra, es el hormiguero Huber «Negras pratenias.»

Muy variado resulta el trabajo de estos animalillos, el empleo de una buena lente y sobre todo una pacientísima afición pueden servirnos al fin de observar las curiosas escenas que allí se realizan.

El hormiguero es llamado por mí, «Huber» en honor del gran entomólogo suizo, y las hormigas que a tal hormiguero corresponden las denomino «Hubrienses.»

Las hubrienses cortan de los tallos, las yemecillas y los granos. Aquí se acaba la obra de entrada a una galería subterránea; estas obreras sacan piedra y maderitos, aquellas cargan con pesados granos de mijo ó de trigo, vese a muchas llevando en vilo entre sus fuertes tenazas un enorme peso, las hay que se ocupan en cumplir el triste deber de sacar del hormiguero el cuer-

po de alguna que ha muerto; va y viene con su carga de una a otra parte hasta que halla la tablita que yo coloco en tales casos a la boca del frasco y por aquella suben a depositar los cadáveres a una terracilla que he dispuesto para que sirva de necrópolis.

Las Huberenses no cesan de trabajar.

No lejos del frasco «Huber» y en el mismo aparato de madera se halla el tarro «Büchner», hormiguero que está poblado por un pueblo de hormigas sangrinas ó rojas, rapaces, cazadoras, feroces, inquietas. Forman más que un pueblo un cuartel de soldados sin jefe, mejor dicho, muchedumbre de bandidos audaces y codiciosos. Dejaremos por hoy el estudio de otros frascos, el de Jovel, el de Loubot y el de Darwin y vamos a referir un episodio histórico téngase por novelesco si de mí se duda, ocurrido en las relaciones de las Hubrienses y Buchunerenses entre las agricultoras y las ladronas, las negras y las rojas, el pueblo civilizado, gobernado y trabajador, y el pueblo nómada, guerrero, aventurero y conquistador, culta manera de decir ladrón.

II

La superficie de la tierra que hay en los frascos llámase plaza. A esta superficie salen los agujeros ó puertas de los hormigueros; por los bordes de los frascos se ven las galerías y el arte del depósito ó subplatace donde vienen a terminar la mayor parte de las galerías. Para que el hormiguero se vea en su interior hácese necesario valerse de un medio que en otra ocasión explicaremos, porque ahora sería difícil explicar en pocas palabras.

En la plaza del hormiguero de las «Hubrienses» colocamos un platillo de una cajita de pinturas, de esas cajitas juguete que por poco precio compran los niños; en dicho platillo de porcelana pusimos un poco de miel.

Era sin duda la primera vez que las «Hubrienses» veían la miel.

Algunas hormigas se detuvieron a gustar aquel manjar delicioso. No podían ó no sabían vencer la tentación, las embriagó aquel dulce incomparable, sabido es el efecto que la miel produce en las hormigas, se emborraharon gustándolo con exceso; bien pronto las hormigas borrachas fueron retiradas del platillo por sus compañeras más juiciosas y una severa policía se previene a fin de evitar la inmoralidad y a fin de castigar el libertinaje.

La miel tomada con cuidado es para las hormigas un gran alimento. Vi que las «Hubrienses» apelaron a un recurso que en un principio no puede comprender, pero que luego me llenó de admiración. No pudiendo las hormigas recoger la miel que se les pegaba a las patitas y como careciesen de vasijas para recoger y guardar tan exquisito regalo, ¿qué diréis que hicieron, vosotros los del automatismo instintivo de los insectos, ¿qué diréis? ¿A que no lo acertáis los que defendéis los mismos extraños aunque disculpables errores, que sobre la inteligencia de los animales padecía el insignificante Condé de Buffon?

Pues echaron en la miel piedre-

cillas y luego subiéndose a los bordes del platillo dieron vuelta a aquellas, impregnándolas de la sabrosa golosina y sacándolas luego con sumo cuidado fueron llevándose una por una al fondo del hormiguero. Allí juntándolas formaron con ellas una masa compacta y así pudieron conservar la miel. No obraron así las «Buchunerenses.»

Las rojas sanguinas en todo se diferencian de las pratenias. El paso de las sanguinas es mucha más rápido que el de las pratenias. La continua y paciferosa marcha de los trabajadores, su ordenada actividad incesante y fecunda, pero siempre tranquila, son cualidades opuestas al aturdimiento y a la inquietud de las ladronas. El hormiguero «Büchner», es un pueblo pirata, sale a la lucha y al saqueo y siempre se halla dispuesto a acometer con audacia, robar con destreza y huir con prontitud. La miel para las «Buchunerenses» no es un manjar que debe guardarse para servirse de él, a fin de que sirva de alimento a las hormigas recién nacida y tal vez a las enfermas; es un manjar delicioso al que se arrojan por vicio sin cuidarse de evitar la embriaguez bien así y como gentes sin moral ni freno alguno para el dominio de sus pasiones. Ahora bien, he aquí la novela.

Figuraos que existe un convento de religiosos que viven laboriosa y sóbria vida; figuraos que tiene el convento muchas riquezas, y que unos ladrones que viven en una profunda cueva, hacen desde esta una galería subterránea que va a parar al convento y que un cierto día los bandidos penetran en la santa casa y a la hora que los religiosos se hallan ocupados en trabajar fuera del convento, en la huerta ó en las tierras del mismo. Los ladrones se apoderan de cuanto hallan, y cuidan de guardar las puertas por donde podrían entrar los frailes y presentarse a defender sus tesoros. Mas cuando los ladrones se hallan llenando sus sacos algunos de los tales bandidos descubren la bodega y en ella grandes toneles de riquísimo vino y pudiendo en ellos más la gula de beber que la codicia, beben y se embriagan y cuando están embriagados penetran los frailecillos y a este quiero y a este no quiero en breve tiempo matan a los bandidos.

Tal sucedió en el hormiguero «Hubriense». El frasco de estas en comunicación con el de las «Buchunerenses», las sanguinas penetraron en el depósito de aquellas; por un tubito de cristal, que les servía de paso, empezaron a robar en el granero, mas al descubrir el anisajo hecho por las «Hubrienses» con piedrecitas y miel, se precipitan a ésta... y se embriagan. Abandonaron el tesoro de susaques que tenían en torno de ellas y de sus cabezas, y después ni aun vieron se hallaban las «Hubrienses» vengativas, irritadas y dispuestas a defender su casa, sus graneros, sus haciendas, y a vengar aquel bárbaro ataque hecho a un pueblo laborioso y pacífico por una turba aventurera y criminal.

Así ocurrió ante mis asombrados ojos. Las «Hubrienses» mataron a su gusto a las sanguinas, bandidos,

Handwritten signature: J. Nombela